

## CAPÍTULO X

### LOS MEDIUM

— Sea la que quiera la importancia que usted da á los encantos de mi persona, puedo asegurarle que á la hermosa Margarita le será muy difícil substraerse á mi influencia. He encontrado la manera de penetrar en sus más íntimos secretos; sé lo que piensa, lo que habla y hasta lo que sueña.

Dicho esto, se dejó caer sobre el respaldo de la butaca en que se hallaba sentado, con el aire satisfecho del hombre que ha puesto una pica en Flandes.

— ¡Bravo! — exclamó el banquero. — Esas intimidades ya son algo. Y veamos: ¿qué piensa la señora de Góngora?

— Piensa que su marido dedica demasiada atención á los pleitos.

— Muy bien: tiene celos de los negocios; su rival es el *foro*. De manera que hay disgustos domésticos.

— Hay cierta tirantez, cierta reserva, cierto enfriamiento.

— Eso es bueno.

— Sin embargo — replicó César, — eso indica que Margarita piensa mucho en su marido.

— ¿Y qué?

— Siempre es un obstáculo.

— Señor brigadier, no conoce usted á las mujeres. Esos celos significan que la señora de Góngora no está contenta de su marido.

— ¿Y bien?

— La cosa es clara: de ese modo empieza á disculparse á sus propios ojos.

— Es posible.

— No; es más.

— Bien, es probable.

— Más aún; es seguro.

Y apoyando el índice en la mejilla, imitando al boticario del cuento, añadió:

— Como si lo viera.

— Ello es — siguió diciendo el brigadier, — que ella ha tomado el desquite.

— ¿Cómo?

— Abriendo sus salones.

— Ajajá. Es un buen desquite: le pide auxilio al mundo contra el desvío de su marido.

— No es eso solo.

— ¿Hay más?

— Un capricho.

— ¿Sí, eh?

— Un capricho diabólico.

— Veamos.

— ¿Qué dirá usted que se ha propuesto al volver á la vida del gran mundo?

— Qué...

— Es original; se ha propuesto *hacer que la virtud esté de moda*.

— ¡Diablo! — exclamó Valle-alegre. — Si lo consigue nos va á obligar á todos á ser virtuosos.

— Son sus mismas palabras.

— ¿Y cómo pretende conseguirlo?

— Con el ejemplo.

— La empresa no deja de ser ardua, porque, en fin, en estos tiempos en que vivimos, la virtud es de mal gusto.

— Dice que el lujo es el origen de muchos vicios y la causa de muchas miserias.

— ¡Demonio!.. — volvió á exclamar el banquero — ¿Qué más lujo que la virtud?.. Es la preocupación más cara que conozco.

— Ya se habla de la sencillez de su mesa, de la sencillez de sus vestidos. Ha cerrado el bolsillo á todos los refinamientos del lujo.

— ¡Bah!.. Entonces es avara.

— No, porque su mano está siempre abierta para los pobres.

— No lo entiendo — dijo el banquero. — Ella es bastante rica para competir con las mujeres más opulentas, y ninguna mujer renuncia voluntariamente á semejante gloria.

— ¿Y qué explicación encuentra usted á tan extraño capricho?

— Por de pronto le encuentro una, bien sencilla por cierto y bastante satisfactoria, que puede reducirse á estas dos palabras: la señora de Góngora quiere singularizarse.

— Es decir, una cuestión de *toilette*?..

— Ni más ni menos.

— Yo creí — añadió César sonriéndose con malicia — que efectivamente había hecho del mundo un claustro, y me sonreía la perspectiva de una aventura menos vulgar que la de seducir á una mujer de las que viven en el siglo.

— En honor de la verdad — añadió Valle-alegre, — la señora de Góngora es demasiado bella para brillar sin necesidad de recurrir á los esplendores del lujo. Quizá lo ha comprendido así la vanidad de su hermosura.

— El hecho es que la sencillez que ha adoptado le cae admirablemente, y que algunas mujeres notables empiezan á imitarla.

— Y entre tanto, ¿se puede saber lo que piensa esa señora de nuestro insigne brigadier? — preguntó el banquero.

— Se sabe perfectamente — le contestó su amigo.

— Veamos lo que se sabe.

— Se sabe que allá en sus adentros mira al brigadier con muy buenos ojos. Yo he sondeado su pensamiento, y sé que está satisfecha por que *le parece que lo ha conquistado*.

— ¿Dice eso?

— Eso.

— No obstante — replicó el banquero, — insisto en el rapto. Todo ese terreno adelantado se puede perder en un momento. Hay que contar con la inconstancia de las mujeres.

— Creo — insistió César — que estoy á cubierto de una inconstancia. Ya ve usted que no se me ocultan ni sus palabras, ni sus acciones, ni sus pensamientos.

— Así parece; mas me permitiré sospechar que el día en que se canse de un pretendiente, digámoslo así, tan moroso, no irá á confiarle á usted el secreto de su inconstancia.

— Cierto, pero yo lo sabré á pesar de ella misma, y si usted me apura, antes de que ella misma lo sepa.

— Eso es extraordinario.

— Phs..

— ¿Posee usted algún talismán maravilloso?..

— Es lo mismo, poseo un *medium*.



La sencillez que ha adoptado le cae admirablemente

— ¡*Un medium!*

— Sí, de una lucidez completa: es *vidente, oyente y parlante*.

— Supongo — dijo Valle-alegre con tono grave — que no habrá usted apelado á los prodigios del *espiritismo*. Eso sería excesivamente cándido.

— En realidad, me valgo de un espíritu; pero entendámonos, de un espíritu de carne y hueso.

— ¡Ya! — exclamó el banquero. — Habrá usted sobornado á la doncella.

— No, eso sería poco cauto: la doncella podía venderme. Mi *medium* es más seguro y más aristocrático.

Valle-alegre miró atentamente á su interlocutor, porque empezaba á dar vueltas en su entendimiento una idea formidable. Era uno de esos *espíritus fuertes* que llevan la malicia hasta el absurdo.

Por lo que hace á César, parecía complacido en tener en suspenso el ánimo del banquero:

Éste dijo al fin:

— El caso no sería enteramente nuevo; pero, vamos, no es frecuente. ¿Cuenta usted con la complicidad del marido?

— Eso — contestó el brigadier — no tendría gracia. Además, los maridos no suelen ser los *medium* más lúcidos para penetrar en el pensamiento de sus mujeres.

La respuesta correspondía á la pregunta: habla en ambas el mismo cinismo.

Nada tuvo que replicar el banquero, y César añadió:

— Mi *medium* es la baronesa.

— Nadie conoce tanto á una mujer como otra mujer..., y es un gran *medium* si cuenta usted con la adhesión sincera de la baronesa.

— Cuento con ella, porque la baronesa ignora que es mi cómplice. Me sirve sin saber que me sirve.

— ¿Tan imbécil es?

— Completamente imbécil. Sin embargo, el mérito de este recurso no consiste sólo en su imbecilidad. En todo pedazo de mármol hay una estatua; la cuestión es saber sacarla; y aquí me tiene usted que he hecho unos ojos perspicaces, unos oídos atentos y una lengua incansable de ese pedazo de alcorcho.

— Muy bien.

— Para eso — siguió diciendo — he tenido que ceder á la necesidad de magnetizarla, para lo cual han bastado unos cuantos *pases*, y es una sonámbula lúcida; todo lo ve, todo lo oye y todo me lo cuenta.

— Hay varias especies de magnetismo — advirtió el banquero.

— Muchas — añadió César: — el oro, por ejemplo, tiene una fuerza prodigiosa. Yo me he servido del magnetismo del amor. No adelante usted el juicio. La baronesa obra según mi voluntad... La he hecho concebir esperanzas irrealizables, que ella ha tomado al pie de la letra: he ahí todo.

La conversación fué aquí interrumpida por un dependiente de la casa que apareció discretamente en la puerta que ponía en comunicación el escritorio del banquero con las habitaciones en que tenía establecidas sus oficinas.

El dependiente alzó la coladura que cubría la puerta y se detuvo; mas viendo que no habían reparado en su presencia, tosió tímidamente para anunciar su humilde persona.

— Adelante — dijo el banquero.

El dependiente se adelantó apresuradamente á presentar una carta que traía en la mano, en cuyo sobre estaba la excusa de aquella interrupción inesperada, pues decía: *Reservada y urgente*.

Tomó la carta el banquero, y el dependiente se escurrió por la alfombra, desapareciendo detrás de la coladura de la puerta.

Valle-alegre rasgó el sobre, y estrujándolo entre los dedos lo arrojó á la chimenea, levantando una llama fugitiva.

El contenido de la carta no debía ser muy extenso, porque el banquero la leyó pronto; mas debía ser interesante, porque volvió á leerlo, y después de la segunda lectura se quedó algunos instantes pensativo, sin duda reflexionando acerca de lo que acababa de leer en aquella carta reservada y urgente.

Luego se dirigió á su amigo diciéndole:

— Yo también dispongo de corrientes magnéticas que me descubren las cosas ocultas... Yo también tengo mi *medium*. Esto marcha perfectamente. Podemos aplazar el rapto, pero no desecharlo. No olvide usted que en este asunto está interesado todo su amor propio. Un fracaso lo pondría á usted en ridículo á los ojos del mundo, y ese charlatán de marqués cogería el caso por su cuenta, y entonces es usted hombre muerto, porque tiene una lengua temible. Ya se ve, tiene un paladar exquisito, y en su mesa encuentra siempre auditorio.

Diciendo esto, se puso de pie, al mismo tiempo que la voz del marqués, á quien acababa de nombrar, se oía en la galería inmediata al escritorio.

— Es inútil — exclamaba; — para mí no hay consignas.

Y un momento después apareció en la puerta.

Desde el dintel, y teniendo levantada la colgadura adelantó la cabeza, y registró la habitación con sus ojos vivos y penetrantes.

— ¡Hola! — exclamó viendo al brigadier y al banquero.

— ¿Estamos de conciliábulo?... ¿Quién engaña á quién? Aquí veo en íntima conferencia á los dos grandes poderes del mundo moderno, el acero y el oro; como si dijéramos, Napoleón y Rothschild; es decir, un espadachín y un mercachifle.

Valle-alegre se echó á reír, y César se puso serio.

— Perdonen ustedes — añadió — estas severidades del idioma. Me gusta hablar en castellano; pero rectificaré... Donde dice un espadachín y un mercachifle, debe leerse: un general y un banquero.

— Es lo mismo — observó Valle-alegre. — No hemos de reñir por una vana cuestión de palabras.

— ¡Reñir!.. Nunca — exclamó el marqués entrando. — Yo no riño jamás. Mi vida está llena de satisfacciones, y puedo dar cuantas se me pidan... Pero, en fin, ¿de qué se trata, mi general? — añadió cuadrándose delante de César; — ¿hacia donde dirige usted sus armas victoriosas?

Sin esperar respuesta se volvió al banquero, y haciendo una profunda reverencia, le dijo:

— Vamos, señor millonario, ¿qué gran negocio tenemos entre manos?

El banquero y el brigadier se miraron mutuamente, y luego los dos fijaron los ojos en el marqués. Había en estas miradas cierta compasión; ambos querían decir: «¡Pobre hombre!»

— Ya sé yo — siguió diciendo el pobre hombre — que las conquistas y los negocios deben tratarse con la mayor reserva, y comprendo perfectamente su discreto silencio; pero he aquí que para mí no hay secretos de Estado. Estoy en íntima correspondencia con personajes que todo lo saben, y ¡qué diablo!, todo me lo cuentan... Mis noticias vienen nada menos que del otro mundo. ¿No?.. — añadió mirando alternativamente á Valle-alegre y á César. — Vamos á ver si me han engañado los *espíritus*.

Acercóse al brigadier, y le dijo:

— La señora de Góngora se resiste.

Después se acercó al banquero, añadiendo:

— El pleito se nos viene encima.

Valle-alegre y César soltaron la carcajada, y el marqués

soltó también la suya, de manera que aquello fué una carcajada homérica.

— ¿Qué tal? — contestó con aire triunfante.

César contestó:

— Los *espíritus* con quienes usted trata están perfectamente enterados.

— Por mi parte — añadió el rey de la Bolsa, — le aconsejaría á usted que volviera á consultar al oráculo, porque he oído decir que hay también *espíritus burlones*.

— Los hay — replicó con el mayor aplomo; — pero estoy familiarizado con ellos, y los conozco. Me aseguran, pues, los espíritus formales que la señora de Góngora se resiste, y que el pleito se viene encima.

Dicho esto, y no pudiendo contener los impulsos de su continua movilidad, de que sólo se veía libre delante de la mesa á las horas de comer, saludó cómicamente, y salió del escritorio, declamando en voz alta:

— ¡Se han quedado absortos!.. ¡Soy un *medium* admirable!

Detrás del marqués salió el brigadier, diciendo entre dientes:

— La señora de Góngora se resiste y el pleito se viene encima... Ya... El bribón de Valle-alegre le teme al pleito, y he ahí la urgencia del rapto... ¡Qué tunante!..

Quedóse solo el banquero, y á su vez murmuró estas palabras:

— Este conquistador de rinconera no sirve para nada. No hay en él más que la vanidad de su persona... Todo quiere conseguirlo por su bella cara... Afortunadamente, el escándalo del rapto ya no me urge.

Tenía aún en la mano la carta *reservada y urgente*, que le hemos visto leer poco antes de que el marqués entrara, y desdoblándola de nuevo volvió á leerla.

La carta decía lo siguiente:

«Registrados todos los documentos, no hay ninguno en que pueda fundarse la demanda.

»Existe una liquidación en globo, en que la mano del difunto ha dejado escritas de su puño y letra estas cifras:

»V. c. F. M. 63.

»El sentido no puede ser más que éste: *Véanse cartas. Febrero, Marzo, 63.*

»Las cartas sobre que llaman la atención esas iniciales, no existen. Se han registrado minuciosamente todos los legajos, y no se encuentran.»

La tercera lectura de este documento le produjo lo mismo que la primera; esto es, lo dejó pensativo; y hablando consigo mismo, decía:

— No sé... No hago memoria. Y después de todo, es lo mismo; no existen, por consiguiente, como si no hubieran existido. Lo importante es que no hay documento alguno sobre qué fundar la demanda. Respiro. Mi *medium* es un gran *medium*.

Entre tanto, la corte bullía en las antecámaras; unos entraban, otros salían y todos hablaban. Allí se hallaba el marqués yendo y viniendo, hablando de todo con todos. Estaba en el esplendor de su movilidad y de su charla. Su voz, si puedo decirlo así, rebotaba sobre el murmullo de todas las conversaciones.

De pronto se detuvo, echándose á reír desaforadamente.

La causa de su hilaridad consistía en que acababa de ponersele delante el brigadier.

Hubo quien creyó que aquella risa intempestiva iba á ocasionar un lance; pero se llevaron un solemne chasco, porque el brigadier contestó á la carcajada del marqués con otra carcajada.

Al fin apareció Valle-alegre, y los girasoles que forma-

ban la corte del banquero volvieron las caras risueñas hacia el sol que salía.

El marqués no quiso ser menos, y adelantándose á este personaje, salió al encuentro de Valle alegre, le hizo una ceremoniosa reverencia, y volviéndose á los circunstantes dejó ver en su rostro una mueca tan expresiva, que hizo saltar la risa en todos los labios.

Valle alegre también se sonrió, diciendo:

— Cosas del marqués... Es un hombre célebre.

Obtenido este triunfo cómico, salió el marqués del palacio, repitiéndose á sí propio las mismas palabras que le oímos pronunciar al salir del escritorio del banquero.

Iba diciendo:

— ¡Se han quedado absortos!.. Soy un *medium* admirable.

FIN DEL TOMO PRIMERO

20

## ÍNDICE

### DEUDA DEL CORAZÓN

	Páginas
ADVERTENCIA. . . . .	5
PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO PRIMERO.—Ella. . . . .	7
— II.—La carta. . . . .	11
— III.—Él. . . . .	40
— IV.—Un baile. . . . .	59
— V.—El duelo. . . . .	81
— VI.—Los dos. . . . .	99

### SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.—El 22 de junio de 1866. . . . .	109
— II.—La barricada. . . . .	123
— III.—Herido y prisionero. . . . .	135
— IV.—Las dos cartas. . . . .	147
— V.—El comisario de policía. . . . .	157
— VI.—¿Dónde estará?.. . . .	170
— VII.—La fuga. . . . .	182
— VIII.—Á San Juan de Luz. . . . .	193
— IX.—Doble complot. . . . .	201
— X.—En el mar. . . . .	214
— XI.—Tableau. . . . .	225

### EL ÁNGEL DE LA GUARDA

CAPÍTULO PRIMERO.—Una digresión que no es absolutamente indispensable. . . . .	233
— II.—Una celebridad. . . . .	242
— III.—La gran noticia. . . . .	250
— IV.—Serafín. . . . .	262
— V.—La recepción. . . . .	272
— VI.—El jurisconsulto. . . . .	284
— VII.—Martín Buenaventura. . . . .	296
— VIII.—V. c. F. M. 63. . . . .	309
— IX.—Plan de campaña. . . . .	322
— X.—Los <i>medium</i> . . . . .	332